

XI 24 HORAS PARA EL SEÑOR

8 – 9 Marzo 2024

«Caminemos en una vida nueva»
(Rm 6,4)

Subsidio Pastoral



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

Se agradece la colaboración de:

Su Eminencia Card. António Marto

Obispo emérito de la Diócesis de Leiria-Fátima, Portugal

Ilustre Prof. Pbro. Armand Puig i Tàrrach

*Presidente de la Agencia de la Santa Sede para la
Evaluación y la Promoción de la Calidad de las Universidades y
Facultades Eclesiásticas (AVEPRO)*

XI 24 HORAS EL SEÑOR

8 – 9 Marzo 2024

«Caminemos en una vida nueva»

(Rm 6,4)

Subsidio Pastoral



«Caminemos en una vida nueva»

(Rm 6,4)

Índice general

1.	La Confesión	9
	1. El perdón recibido – posibilidad de caminar en una vida nueva.....	9
	2. El rito del Sacramento de la Reconciliación	12
	3. Testimonio de conversión, Kevin Matthews	14
	4. Testimonio de perdón, Gemma Capra Calabresi	15
2.	Vigilia	17
	1. Premisas generales	17
	2. Desarrollo de la vigilia	19
	3. Esposizione sul Salmo 35, S. Agostin <i>Vedere la luce di Dio</i>	24
	4. Lectio Divina sobre Rm 6, 1-14	26
	5. Catequesis del Papa Francisco sobre el Perdón.....	28

«Caminemos en una vida nueva» (Rm 6,4) es el lema elegido por el Papa Francisco para la celebración de 24 HORAS PARA EL SEÑOR de este año. En estas palabras del Apóstol se siente resonar lo que el Santo Padre afirmó en su Carta Apostólica *Misericordia et misera*: «La misericordia renueva y redime, porque es el encuentro de dos corazones: el de Dios, que sale al encuentro, y el del hombre. Mientras este se va encendiendo, aquel lo va sanando: el corazón de piedra es transformado en corazón de carne, capaz de amar a pesar de su pecado. Es aquí donde se descubre que es realmente una “nueva creatura” (cfr. Ga 6,15): soy amado, luego existo; he sido perdonado, entonces renazco a una vida nueva; he sido “misericordiado”, entonces me convierto en instrumento de misericordia» (n. 16).

El perdón es el signo del amor, su culmen, porque cada uno de nosotros sabe que tiene necesidad de ser perdonado y de convertirse a su vez en instrumento de perdón para los demás. Cuando se ama se actúa para que la persona amada pueda de nuevo retomar una vida de comunión, de realización plena y perfecta. Las 24 HORAS PARA EL SEÑOR dan testimonio precisamente de esto.

El presente subsidio pretende ofrecer algunas sugerencias para facilitar a las parroquias y a las comunidades cristianas prepararse para vivir esta iniciativa. Se trata, obviamente, de propuestas que pueden ser adaptadas según las exigencias y las costumbres locales.

En la noche del viernes 8 de marzo y durante toda la jornada del sábado 9 de marzo, sería significativo prever una apertura extraordinaria de la iglesia, ofreciendo la posibilidad de acudir a las Confesiones, de preferencia en un contexto de Adoración Eucarística. Como siempre, el evento podría iniciar el viernes por la noche con una Liturgia de la Palabra para preparar a los fieles a la Confesión, y concluir con la celebración de la Santa Misa festiva del sábado por la tarde.

La finalidad del evento es volver a poner al centro de la vida de la pastoral de la Iglesia, es decir, de nuestras comunidades, de nuestras parroquias, de todas las realidades eclesiales, el sacramento de la reconciliación. Este es el centro del mensaje evangélico: la Misericordia de Dios, que nos da la certeza que de frente al Señor ninguno encontrará un juez, sino que encontrará más bien un padre que lo acoge, lo consuela y le indica también el camino para renovarse. De este modo, como afirmó el Papa Francisco, «la misericordia suscita alegría porque el corazón se abre a la esperanza de una vida nueva» (*Misericordia et misera*, n. 3).

✠ Rino Fisichella

Pro-Prefecto del Dicasterio para la Evangelización
Sección para las Cuestiones Fundamentales de la Evangelización en el Mundo

*«¿Qué temes, pecador, si detestas tu pecado? ¿
Cómo te condenará aquél que muere para no condenarte? ¿ Cómo te apartará, si vuelves
a sus pies, Aquél que vino del cielo a buscarte cuando huías de Él?»*

(S. Tomás de Villanueva)



«Caminemos en una vida nueva»

(Rm 6,4)

EL PERDÓN RECIBIDO – POSIBILIDAD DE CAMINAR EN UNA VIDA NUEVA

*«En tiempos de crisis, hay dos cosas de las cuales se tiene más necesidad: la esperanza y el perdón»
(Timothy Radcliffe)*

*«Hay dos cosas que no se pueden separar: el perdón dado y el perdón recibido»
(Papa Francisco)*

¿El perdón está fuera de moda o es oxígeno indispensable para la vida?

¿Qué relación existe entre perdón y esperanza? ¿Vale la pena aun hablar hoy de perdón dado o perdón recibido? En una primera mirada a la mentalidad dominante, la palabra “perdón” parece fuera de moda. Parece contraria a la lógica humana, que se inclina más a la venganza, a las represalias, al fatalismo de frente a la fuerza del mal o a la ofensa sufrida.

Hay diferentes tipos de personas que no sienten atracción por la actitud o virtud del perdón. Algunos no quieren ni siquiera escuchar hablar de él. No sienten la necesidad en absoluto. No se sienten mínimamente en culpa porque han perdido ya el sentido del bien y del mal. Su conciencia está anestesiada o en coma. La noción misma de pecado ha sido ampliamente eclipsada incluso en ambientes cristianos.

Hay otros para los cuales la misericordia y el perdón representan una humillación indigna del ser humano. Piensan que es una debilidad psicológica y que sirve solo para aumentar el sentimiento patológico de culpa. Además, es cómplice de la injusticia y sirve para excusar a quien hace el mal. Luego están los que piensan que su pecado es tan grande que no podrá ser perdonado.

En una mirada de fe, más profunda y compasiva sobre nuestra humanidad tan lacerada por las heridas de las divisiones, por la violencia y los conflictos derivados por el odio, escuchamos que, del corazón de muchos, brota un gemido o un grito de necesidad de perdón entre los seres humanos. ¿Qué sería nuestro mundo, las relaciones entre las personas, partiendo de las más cercanas al interno de la familia, sin el don del perdón? Esto nos hace tomar conciencia de que el perdón es tan indispensable para las relaciones personales y para la sociedad como el oxígeno para el aire que respiramos. ¡De otro modo nos asfixiamos!

Don del amor sanador y regenerador de Dios

A la luz de la fe cristiana, la belleza, la riqueza y el verdadero significado del perdón, pueden ser comprendidos solo en la lógica del amor de Dios para cada ser humano. De hecho, si observamos solo la relación entre los hombres, el perdón no es algo espontáneo y natural. Sin embargo, aun cuando sea difícil, se convierte en una experiencia liberadora si es contemplado partiendo de Dios. Puede ser vivido por un corazón herido gracias al poder sanador y regenerador del amor. Tiene su fuente primaria en Dios Amor misericordioso. No se debe confundir con una mera descarga de culpas o con un acto legal de amnistía. Es un acto de amor gratuito. No se le puede meritar o comprar. Como ora el salmista: «Él perdona todas tus culpas, sana todas tus enfermedades... Misericordioso y compasivo es el Señor, lento a la ira y grande en el amor. No nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas» (Sal 103, 3.8.10). Aquí vemos como el perdón de Dios es una gracia, un don de amor en exceso, más allá de todos los cálculos y las medidas humanas. Solo el amor convierte

el corazón. El amor de Dios es tan fuerte que hace surgir el bien aún del mal: «Aunque sus pecados sean como escarlata, se volverán blancos como la nieve. Si fueran rojos como la púrpura, se volverán como lana» (Is 1, 18).

El perdón tiene un poder regenerativo, en cierto modo es un nuevo inicio. Recibirlo como don de Dios nos da un sentimiento indescriptible, sin comparación con algún otro, el sentimiento de ser amados en modo único y singular. Sí, somos amados hasta lo profundo de nosotros mismos, propio donde no merecemos ser amados: en nuestros pecados, en nuestras infidelidades y maldades. ¿Quién merece ser amado ahí? ¿Qué tiene de atrayente esto? Solo Dios es capaz de amarnos así, perdonando. Y todo lo que podemos hacer es dejar que su don penetre nuestros corazones.

Experiencias de vida nueva gracias al perdón recibido en el encuentro con Jesús

Las páginas de la Sagrada Escritura nos permiten adentrarnos en el misterio de tantas vidas transformadas por el perdón, corazones tocados por la misericordia de Dios que han visto abrirse delante de ellos nuevos senderos de vida. Los Evangelios están llenos de experiencias de perdón recibido en modo gratuito y sorprendente.

Es necesario entonces, alzar nuestra mirada y nuestro corazón hacia Jesús para contemplar qué es el perdón divino, cómo alcanza nuestro corazón, cuál es su poder de transformación y cuánto es fecundo en la vida de quien lo recibe.

Lo vemos sobretodo en el anuncio de Jesús a través de las parábolas. San Lucas, en el capítulo

15 de su Evangelio, recoge tres parábolas de Jesús sobre la misericordia que implícitamente incluyen el perdón: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo perdido que regresa a la casa del Padre. Es Dios mismo que siempre nos anticipa, que espera sin rendirse y va al encuentro del hombre pecador. No lo reprende, no es un inspector despiadado. Lo acoge con el afecto de un Padre, restablece la relación filial, hace posible vivir de nuevo la dignidad de hijo.

Cada una de estas parábolas concluye con un tono de alegría que surge en el redil del pastor, entre los amigos y vecinos de la mujer y en la casa del Padre. La alegría de la renovación que concluye con una fiesta con “música y danzas”: «Era necesario hacer fiesta y regocijarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado» (Lc 15,32). De hecho, es una “muerte” que se con-

vierte en resurrección, es una “pérdida” que se transforma en un gozoso encuentro.

Los encuentros de Jesús hacen el perdón más visible en las situaciones concretas de la vida de las personas. El hombre parálítico sanado por Jesús es un emblema del hombre perdonado. La curación es vista como el signo del perdón: «¡Animo!, hijo, tus pecados te son perdonados»; «Levántate y anda». Jesús lo levanta de su falla y le abre la posibilidad de caminar de nuevo en la vida con esperanza (cfr. Mt 9,1-8).



En el conmovedor encuentro de la pecadora pública con Jesús en la casa de un fariseo (Lc 7,36-50), la mujer se pone a los pies de Jesús, los enjuga con sus lágrimas y los unge con perfume. Se confía completamente a Jesús con amor y veneración. Jesús la acoge tal como es, sin condenarla. La libera de su condición de esclavitud y del juicio sin piedad de los otros. Le dice: «Tus pecados te son perdonados» y ella puede ir en paz y reconstruir su propia vida con el amor del perdón recibido. Vemos lo mismo en el encuentro con Zaqueo (Lc 1,1-10).

Detengámonos un poco más en el encuentro de la mujer adúltera con Jesús (Jn 8,1-11). Es una escena dramática, pero al mismo tiempo de incomparable belleza, de ternura que conmueve, que nos toca y no nos deja indiferentes.

Los escribas y fariseos llevan a Jesús una mujer adúltera no para salvarla, sino para lapidarla según la ley. Ella está sola, sin defensa, expuesta y humillada delante de todos con su pecado, rodeada de sus acusadores. No solo ha perdido públicamente su propio honor, sino que está por perder la vida. Podemos suponer que su corazón palpita de ansia y deseo: ¿dónde puedo encontrar alguien que me acoja con mis profundas heridas? ¿Dónde puedo encontrar alguien que me diga una palabra de verdadera liberación?

Jesús, por su parte, se inclina en la tierra delante de la mujer y sus acusadores, como quien se inclina ante la fragilidad humana, simbolizada por el polvo de la tierra donde escribe Jesús, y la asume sobre sí. Finalmente, pronuncia la palabra del perdón: «¿Mujer, nadie te condena? Tampoco yo te condeno; vete y no peques más» (Jn 8, 10-119). ¡Bastan unas cuantas palabras para cambiar la vida!

De hecho, Jesús restituyó a la adúltera la belleza perdida de su vida: la ha salvado como mujer, en su dignidad de persona, en su humanidad, en su feminidad, en la verdad de su amor esponsal, en la verdad de su relación con Dios y con los demás. ¡Una vida nueva!

El perdón fraterno que desarma, cura y reconcilia los corazones y las relaciones

El don del perdón que recibimos se debe dar también a quien nos ofende. Si es recibido, permite también caminar en una vida nueva. Recuerdo tan solo el efecto de las palabras de perdón del hijo del famoso juez italiano Vittorio Bachelet, en el funeral de su padre, que desconcertaron y sorprendieron a los “brigadistas rojos” que lo habían asesinado. Así escribió uno de ellos en una carta: «Me di cuenta que una vez que el espiral del perdón, el espiral del amor gratuito, se desencadena, nadie lo puede detener. Se convierte en un contagio, una luz que se enciende de mirada en mirada, de gesto en gesto, es una reacción en cadena: este es el milagro del cual son testigo hoy. Tengo esta nueva conciencia, que, si logro transformar mi vida, esta se convertirá en un signo para los demás, y cuando ellos hagan lo mismo, este signo se difundirá y alcanzará a otros a su vez...»

Sintetizando con las palabras del Papa Francisco: «El perdón es el oxígeno que purifica el aire contaminado por el odio, el perdón es el antídoto que cura los venenos del rencor, es la vía para neutralizar la rabia y sanar tantas enfermedades del corazón que contaminan la sociedad». «El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el ánimo para mirar el futuro con esperanza», tanto para quien lo recibe como para quien lo ofrece.

La riqueza y la belleza del perdón son recibidas en el sacramento por excelencia del perdón, el sacramento de la reconciliación. Al centro de la celebración de este sacramento no está la confesión de nuestros pecados. Es más bien la celebración del amor misericordioso de Dios para cada persona y el don del perdón. Por esto, no es una tortura, sino una fiesta del perdón para aquellos que se reconocen humildes pecadores. Cada uno podría preguntarse: ¿amo de verdad este sacramento como don de Dios y de su amor misericordioso?

EL RITO DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Prepararse a la confesión

Meditación del Papa Francisco sobre el **Examen de conciencia**, en la Capilla de la Casa Santa Marta, 4 de septiembre de 2018 (L'Osservatore Romano, ed. Quotidiana, 5/09/2018).

Hay dos espíritus: dos modalidades de pensar, de sentir, de actuar: aquella que me lleva al Espíritu de Dios y aquella que me lleva al espíritu del mundo. Y esto sucede en nuestra vida: todos nosotros tenemos estos dos “espíritus”, por decir así. Está el Espíritu de Dios, que nos lleva a las obras buenas, a la caridad, a la fraternidad, a adorar a Dios, a conocer a Jesús, a hacer tantas obras buenas de caridad, a orar. Pero también está el espíritu del mundo, que nos lleva a la vanidad, al orgullo, a la autosuficiencia, a la murmuración: totalmente otro camino.

Nuestro corazón, decía un santo, es como un «campo de batalla, un campo de guerra donde estos dos espíritus luchan. Este es el “combate espiritual”». En la vida cristiana se debe combatir para dejar espacio al Espíritu de Dios y ahuyentar al espíritu del mundo.

Sugiero una bella oración que podemos hacer todos los días, antes de ir a la cama: mirar un poco la jornada y preguntarse: ¿cuál espíritu he seguido hoy? ¿El Espíritu de Dios o el espíritu del mundo? Esto se llama hacer examen de conciencia: sentir en el corazón que sucedió en esta guerra interior, y como me defendí del espíritu del mundo que me lleva a la vanidad, a las cosas bajas, a los vicios, a la soberbia, a todo esto.

¿Cómo me defendí de las tentaciones concretas?

Esto se hace como oración, antes de ir a la cama, hoy: qué sentimientos tuve. Identificar cuál es el espíritu que me ha impulsado a ese sentimiento, qué me ha inspirado ese sentimiento: ¿es el espíritu del mundo o el Espíritu de Dios? Muchas veces, si somos honestos, encontraremos que «hoy fui envidioso, codicioso, hice esto». Este es el espíritu del mundo.

Es verdad: todos nosotros tenemos dentro esta lucha, pero si nosotros no entendemos cómo funcionan estos dos espíritus, cómo actúan, no lograremos salir adelante con el Espíritu de Dios que nos lleva a conocer el pensamiento de Cristo, el sentido de Cristo. Tenemos este gran don, que es el Espíritu de Dios, pero somos frágiles, somos pecadores y tenemos también la tentación

del espíritu del mundo. En este combate espiritual, en esta guerra del espíritu, es necesario ser vencedores como Jesús, pero es necesario saber cuál camino se recorre. Precisamente por esto es tan útil el examen de conciencia, por la noche volver a ver el día y decir: «sí, hoy fui tentado aquí, vencí aquí, el Espíritu Santo me dio esta inspiración». En fin, se trata de conocer lo que sucede en el corazón.

¿Cómo confesarse? Celebración individual del Sacramento

En el momento en el que te presentas como penitente, el sacerdote te acoge con cordialidad, dirigiéndote palabras de ánimo. Él hace presente al Señor misericordioso.



Junto con el sacerdote haces el signo de la cruz diciendo:
En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El sacerdote te ayuda a disponerte a la confianza en Dios, con estas palabras u otras similares:
El Señor esté en tu corazón, para que puedas arrepentirte y confesar humildemente tus pecados.

El sacerdote, según la ocasión, lee o dice de memoria algún texto de la Sagrada Escritura, en donde se habla de la misericordia de Dios y es dirigida al hombre la invitación a convertirse.

Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos de la cólera! (Rm 5, 8-9)

En este momento, puedes confesar tus pecados. Si es necesario, el sacerdote te ayuda, dirigiéndote preguntas y consejos adecuados. El sacerdote te invita a manifestar el arrepentimiento, recitando el acto de contrición u otra fórmula similar, por ejemplo:

Padre, he pecado contra ti, no merezco ser llamado hijo tuyo. Ten piedad de mí pecador. (Lc 15, 18; 18,13)

O bien,

Lávame a fondo de mi culpa, y de mi pecado purifícame. Pues mi delito yo lo reconozco, mi pecado sin cesar está ante mí. (Sal 50, 4-5)

O bien,

Dios mío, me arrepiento de todo corazón de todo lo malo que he hecho y de todo lo bueno que he dejado de hacer, porque pecando te he ofendido a ti, que eres el sumo bien y digno de ser amado sobre todas las cosas. Propongo firmemente, con tu gracia, cumplir la penitencia, no volver a pecar y evitar las ocasiones de pecado. Perdóname, Señor, por los méritos de la pasión de nuestro Salvador Jesucristo. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos (o al menos la mano derecha) sobre tu cabeza, dice:

Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo, y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz.

Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo ✠ y del Espíritu Santo.

Respondes: Amén.

Después de la absolución el sacerdote continúa: Alabemos al Señor porque es bueno.

Respondes: Porque es eterna su misericordia.

El sacerdote te despide diciendo: El Señor te ha perdonado. Ve en paz.



Testimonio de conversión

Kevin Matthews

Kevin Matthews era un notable personaje radiofónico en Chicago. Su voz inconfundible entretuvo a diez millones de radioescuchas semanales, sobre todo en los años 80 y 90. En el 2008 se le diagnosticó una rara forma de esclerosis múltiple. Al mismo tiempo su fama estaba desapareciendo (así como la radio estaba dejando de ser un medio de comunicación difundido) y pronto se quedó sin trabajo. Un golpe triple: perder el trabajo, una enfermedad incurable y dejar de tener un estatus de celebridad.



Cargaba todo esto sobre sus hombros cuando tuvo un momento que le cambió la vida.

Un día, mientras salía de su auto para comprar flores en un negocio fuera de un cementerio cercano a Chicago, vio una gran estatua de María, la madre de Jesús, que estaba junto a un contenedor de basura. La estatua estaba rota, partida por mitad sobre la cintura y también las manos de María estaban rotas. Además, esa estatua abandonada estaba llena de suciedad y polvo, debido a su cercanía al contenedor. En ese momento, Kevin pensó: «María está hecha pedazos. También yo estoy hecho pedazos».

Kevin tomó la estatua y la llevo a casa. Así nació la historia de “Broken Mary”, María rota. Hizo reparar la estatua, pero conservó las manos rotas y otras “cicatrices” como recordatorio de la propia fragilidad y de la fragilidad de todos nosotros.

Kevin atribuye a María el mérito de haberlo traído nuevamente a la fe católica y de haberle cambiado la vida. La gracia de Dios y la bendición de María lo salvaron de la desesperación que estaba viviendo. Ahora cuenta su historia en iglesias llenas y lleva su estatua a las iglesias, a las cárceles, a los hospitales y a otros lugares, hablando del amor de María a los hijos de Dios y animando a las personas a rezar el rosario. Su mensaje es simple: hay esperanza para quien este roto, en pedazos. En 2019, más de 1500 personas participaron en una procesión con velas con una imagen de la “Broken Mary” en Chicago, orando por la paz.

El testimonio de Kevin consiste en contar la propia historia de conversión: una conversión de católico de nombre a promotor entusiasta de la devoción a María y, a través de ella, de la consagración a su Hijo. Él mismo dijo: «Creo ser un fanático de Jesús ahora».

Su historia se puede encontrar en su libro *Broken Mary: A Journey of Hope* (2017).

Testimonio de perdón Gemma Capra Calabresi

El 17 de mayo de 1972, un comando de Lucha Continua asesinó al comisario Luigi Calabresi, esposo de Gemma Capra. Ella tenía 25 años, dos niños pequeños y un tercero por nacer.

«Aquella mañana del 17 de mayo, después de que el padre Sandro, párroco de San Pedro en Sala, me dijera que mi marido estaba muerto, me desvanecí en el sillón, cargaba con un sentimiento de devastación total. Miré la casa, los objetos, y todo, de golpe, me pareció sin sentido. En ese sillón caí con un dolor lacerante, también físico, en los huesos. No sé cuántas horas permanecí ahí. Luego, al improviso sentí dentro de mí una incomprensible paz, una fuerza interior increíble. Como si Dios me hubiese tomado entre los brazos. Advertí algunos como *flash* de que no estaba sola, que saldría adelante. Después le dije al padre Sandro: «Recitemos un Ave María por la familia del asesino que seguramente tendrá un dolor más grande que el mío».

Una fuerza que no podía nacer de mí. Fue el don de la fe, para mí, que hasta ese día era católica más por tradición familiar. Iba a Misa, hacía voluntariado, pero en aquella hora me sentí amada más de cuanto pudiese imaginar. Fue una iluminación muy fuerte que me ha acompañado en toda mi vida, sobre todo



en los momentos más dolorosos. Cuando estaba desanimada y me parecía tocar fondo volvía, y vuelvo hasta la fecha, a esa sensación. Inevitablemente volvía a mi mente ese momento y me decía: «Tú sabes Gemma que Dios está, estuvo cerca de ti». Aprendí en carne propia que la fe no quita el dolor y el sufrimiento, pero los llena de significado, les da un sentido, ofrece una perspectiva.

El obituario elegido en la muerte de mi marido fue una de las últimas palabras de Jesús en la Cruz: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen». Si se pone atención, Jesús le pide al Padre que perdone a sus verdugos. Él, como hombre, se da cuenta que no puede perdonar inmediatamente. Con esas palabras Dios me ha indicado el camino a recorrer. Después del asesinato de Luigi me sentí aliviada porque Dios había perdonado inmediatamente en mi lugar y yo pude realizar mi proceso con calma. El arzobispo de Milán, el cardenal Colombo, en los funerales dijo que el obituario era una flor colocada sobre la sangre de Luigi que no se secaría y daría fruto.

El perdón es una decisión de vida. Fue un camino largo, difícil, con tantos pasos hacia atrás. He tenido años oscuros, de llanto, de abatimiento, de enojo. Me decía que, como cristiana, debía perdonar, pero era muy difícil porque razonaba. No se debe razonar sobre el perdón, porque he descubierto que el perdón lo das solo con el corazón y no con la cabeza, con el raciocinio, con la inteligencia. Lo dice la palabra: per-dón. Por eso es un don y lo das con amor.

Es propiamente una elección interior y se puede, es difícil, pero se puede continuar amando la vida, incluso después de un dolor lacerante, se puede también creer en los demás después de la traición y la calumnia, y se puede cambiar el juicio sobre las personas que veías como si fueran todo el mal del mundo».

Nota: Este texto es una recopilación de muchas entrevistas en donde Gemma Capra Calabresi dio su testimonio. Su historia completa se encuentra en su libro: *La crepa e la luce* (2023).

*«¿Cómo puede durar la caridad, si Dios no nos da la perseverancia?
¿Cómo nos dará la perseverancia el Señor, si no se la pedimos? ¿Y cómo se la pediremos sin
la oración? Sin la oración no hay comunicación con Dios para conservar las virtudes»*

(San Alfonso María de Liguorio)



«Caminemos en una vida nueva»

(Rm 6,4)

Introducción celebrativa

La Vigilia que se realiza durante la iniciativa 24 HORAS PARA EL SEÑOR tiene un rol fundamental, porque caracteriza todo el evento; por lo tanto, es deseable que sea celebrada con el Santísimo Sacramento expuesto, mientras uno o más sacerdotes permanecen disponibles para celebrar el Sacramento de la Reconciliación.

La presente Vigilia se inspira en las palabras de la Carta de San Pablo a los Romanos: «Caminemos en una vida nueva» (cfr. 6,4), subrayando que el perdón recibido y donado permite al hombre convertirse y cambiar la vida. Un auténtico renacer, ¡una vida nueva!

El evento 24 HORAS PARA EL SEÑOR está estrechamente relacionado con el tiempo litúrgico de la Cuaresma, y en particular con el IV Domingo de Cuaresma llamado antiguamente “*Laetare*”. La alegría celebrada durante este día surge de la conversión personal, de la reconciliación con Dios y de la gracia recibida en el Sacramento del Perdón. Las lecturas dominicales (2Cr 36,14-16.19-23; Sal 136; Ef 2,4-10; Jn 3,14-21) presentan, entre otras cosas, cómo la gracia de Dios actúa en la historia, a pesar de los pecados cometidos por el hombre. Notamos que Dios, rico en misericordia, interviene siempre y gratuitamente para salvar al hombre, aun si éste es el único responsable de su propia derrota contra el mal.

La iniciativa fue colocada precisamente en los días precedentes al IV Domingo de Cuaresma, para dar la posibilidad a todos los fieles de liberar su vida de los pecados, preparándose, en este modo, a la Pascua ya cercana.

Durante el desarrollo de la iniciativa 24 HORAS PARA EL SEÑOR, conviene subrayar los contenidos indicados en las páginas precedentes. Sin embargo, su realización y la elección de los temas y citas bíblicas, se deja a consideración de los pastores y organizadores del evento, que, en las diferentes partes del mundo, conocen las necesidades concretas de los fieles confiados a su cuidado pastoral.

Se tenga en cuenta que la reconciliación con Dios y con los hombres restituye al hombre la paz. Las guerras y la paz no son un simple fruto de los pactos políticos, sino sobre todo de la disposición de los corazones humanos. En este sentido, cada hombre y más aún cada cristiano, es responsable de la guerra y de la paz en la sociedad y entre las naciones. Es misión de todos nosotros cultivar un corazón misericordioso y propagar la cultura del perdón y de la paz. Durante la iniciativa 24 HORAS PARA EL SEÑOR no puede faltar la oración por la paz y por la reconciliación entre las naciones en guerra y entre los grupos sociales que permanecen en conflicto.

De la práctica en los años precedentes se puede ver que la iniciativa se desarrolla, generalmente, en tres modos:



1. En las pequeñas comunidades, por ejemplo, en los hospitales, en las cárceles o en las parroquias/ rectorías con relativamente pocos fieles.

En este caso toda la iniciativa se realiza de ordinario el viernes por la noche. Se podría iniciar el evento con la Liturgia penitencial, después exponer el Santísimo Sacramento y, con la Adoración Eucarística en silencio o animada por un grupo de oración (según las posibilidades y necesidades de la comunidad), invitar a los presentes a la reconciliación sacramental con Dios.

2. En las parroquias más numerosas (sobre todo en las áreas urbanas), en las prefecturas (vicarías/ decanatos) o bien, donde se decida organizar el evento en más parroquias/comunidades.

Sería oportuno iniciar el viernes en la noche con la Santa Misa o con la Liturgia de la Palabra. Posteriormente se expone el Santísimo Sacramento e inicia la Adoración Eucarística animada por diversos grupos parroquiales o por diversas parroquias.

Los responsables establecen tanto el programa de toda la Adoración como su duración, asegurando los turnos para las confesiones de los fieles.

3. En las iglesias catedrales, en las basílicas, en los santuarios, o en las parroquias y en los lugares de culto más significativos para la Iglesia local y elegidos cuidadosamente por el Ordinario o por las personas responsables.

El evento convendrá ser organizado más solemne, subrayando la universalidad de la Iglesia que lo celebra contemporáneamente en todo el mundo. La iglesia podría permanecer abierta también en la noche con la Adoración Eucarística por turnos, animados por los diversos grupos de oración de diferentes comunidades. Es deseable que el Ordinario y los Obispos estén presentes al menos al inicio y al final del evento, dando también su disponibilidad para celebrar el Sacramento de la Reconciliación. Se asegure la constante presencia de uno o más sacerdotes para escuchar las confesiones.

Siempre que sea posible, un grupo de fieles, formado y preparado para la ocasión, podría invitar a las personas que pasan cerca de la iglesia a entrar y a tomar parte del evento (sobre todo en las iglesias principales de la ciudad, en los centros históricos y turísticos, en los lugares de gran flujo de personas, etc.). Una simple invitación, una palabra de bienvenida, una explicación sobre el evento, constituyen frecuentemente una ocasión para abrir un diálogo mucho más serio, convirtiéndose en un verdadero y propio momento de evangelización. No rara vez los fieles laicos, sobre todo de entre los que sistemáticamente reciben formación en sus comunidades y grupos de oración, pueden desarrollar un óptimo servicio en la preparación a la confesión, dialogando con las personas que desde hacía tiempo no frecuentaban la iglesia y se podrían encontrar incómodos al presentarse directa e inmediatamente con el sacerdote.

Para adaptar la propuesta de Vigilia a las exigencias particulares de una comunidad específica (parroquia, capilla de hospital, monasterio, rectoría, santuario, etc.) se podrían elegir algunos cantos. Para profundizar los temas presentes en los textos bíblicos propuestos, se sugiere preparar una meditación o elegir algunos testimonios, según las necesidades y posibilidades de la misma comunidad.

INICIO DE LA VIGILIA LITURGIA PENITENCIAL

Mientras el presbítero y los ministros se dirigen al presbiterio, la asamblea canta el himno u otro canto adecuado.

SALUDO Y MONICIÓN

C: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R: Amén.

C: La misericordia y la paz estén con todos vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Hermanos y hermanas, también hoy Jesús misericordioso nos dirige su palabra de perdón y nos invita a la conversión. Abramos nuestros corazones para que la gracia de Dios pueda actuar en nosotros. Encomendemos a nuestras hermanas y hermanos, sobre todo aquellos que se ha alejado de Dios, para que, en estas veinticuatro horas dedicadas de modo especial, en toda la Iglesia, a la reconciliación, puedan sentir la voz del Salvador que, tomándonos de la mano, nos invita a cada uno a «caminar en una vida nueva».

Todos se recogen en silencio un momento. Luego el celebrante continúa:

C: Oremos.

Extiende las manos y dice:

Oh Padre, que nos has liberado del pecado y nos has donado la dignidad de hijos adoptivos, mira con benevolencia a tu familia, para que a todos los creyentes en Cristo les sea dada la verdadera libertad y la herencia eterna.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

Todos responden:

Amén.



LITURGIA DE LA PALABRA

Primera LecturaIs 43, 16-21

Del libro del profeta Isaías

Así dice el Señor, que abrió camino en el mar y senda en las aguas impetuosas; que sacó a batalla carros y caballos, tropa con sus valientes; caían para no levantarse, se apagaron como mecha que se extingue. «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino por el desierto, ríos en el yermo. Me glorificarán las bestias del campo, chacales y avestruces, porque ofreceré agua en el desierto, ríos en el yermo, para apagar la sed de mi pueblo, de mi escogido, el pueblo que yo formé, para que proclamara mi alabanza».

L: Palabra de Dios.

R: Te alabamos, Señor.

Salmo ResponsorialSal 102 (103)

R. *El Señor es compasivo y misericordioso.*

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.

Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. **R.**

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura. **R.**

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas. **R.**

Como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.
Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles. **R.**

Aclamación al EvangelioJl 2, 12-13

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Volved a mí con todo el corazón, dice el Señor,
Porque yo soy compasivo y misericordioso.

Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Evangelio

C: El Señor esté con Vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Del Santo Evangelio según San Juan (8, 1-11)

R: Gloria a ti, Señor

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba.

Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?».

Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». E inclinándose otra vez, siguió escribiendo.

Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos.

Y quedó sólo Jesús, con la mujer, en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?».

Ella contestó: «Ninguno, Señor».

Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más».

C: Palabra del Señor.

R: Gloria a ti, Señor Jesús.

Sigue la homilía.

Todos se ponen de pie.



CONFESIÓN GENERAL DE LOS PECADOS

Luego de una breve pausa de reflexión, el celebrante dice:

C: Confiados en la misericordia de nuestro Señor, que no nos condena, sino que nos exhorta siempre a la vida de gracia, confesemos nuestros pecados.

C: Tú, que has sido enviado para sanar a los contritos de corazón: Señor, ten piedad.

R: Señor, ten piedad.

C: Tú, que has venido a llamar a los pecadores: Cristo, ten piedad.

R: Cristo ten piedad.

C: Tú que estás sentado a la derecha del Padre para interceder por nosotros: Señor, ten piedad.

R: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DEL SEÑOR

C: Inspirados por la Palabra del Señor, que nos invita a pedir perdón a Dios por nuestros pecados, dirijámonle juntos nuestra oración:

R: Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu Reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

SIGNO DE LA PAZ

C: Queridos hermanos y hermanas, reconciliados por la gracia de Dios recibida por medio de Jesucristo, démonos fraternalmente la paz.

Todos se dan la paz.

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Se procede con la exposición del Santísimo Sacramento “*more solito*” y con la Adoración Eucarística animada, que durará hasta el término de la iniciativa 24 HORAS PARA EL SEÑOR.

Sigue el momento para las confesiones y la absolución individual.

Al término de la Vigilia se da la bendición solemne con el Santísimo Sacramento. En algunos lugares, sobre todo donde la iniciativa 24 HORAS PARA EL SEÑOR se ha realizado de forma solemne, concluyéndose el sábado por la tarde, se puede celebrar la Santa Misa del IV Domingo de Cuarema o las Primeras Vísperas.

DESARROLLO DE LA VIGILIA

El presente texto es una propuesta que debe ser sucesivamente concretizada y adaptada, según las tradiciones locales.

Considerando la duración de la vigilia, el número de participantes, las posibilidades organizativas y otros factores, la animación de la Adoración Eucarística puede realizarse a turnos, con un cambio temático después de cada hora.

Durante la celebración de la vigilia no falten los momentos de oración en silencio ante el Santísimo Sacramento.

ESQUEMA PARA UN TURNO

Expuesto el Santísimo Sacramento, después de un momento de silencio, el coro realiza un canto. A continuación, se lee el texto bíblico:

Del libro del profeta Isaías (1,10.16-20)

Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, escucha la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. «Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda.

Venid entonces, y discutiremos - dice el Señor-. Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana. Si sabéis obedecer, comeréis de los frutos de la tierra; si rehusáis y os rebeláis, os devorará la espada -ha hablado la boca del Señor-».

Palabra de Dios.

Momento de silencio.

TESTIMONIO/MEDITACIÓN

A continuación, se propone un testimonio de conversión. Dicho testimonio puede ser pronunciado por una persona que quiera compartir cómo el Señor ha tocado su corazón con la gracia del perdón. En alternativa, se puede leer el testimonio de conversión de Gemma Capra Calabresi o de Kevin Matthews que se encuentran en el presente subsidio. En el caso en que no sea posible presentar el testimonio, se puede proponer un texto de meditación, por ejemplo:

Exposición sobre el Salmo 35, San Agustín*Ver la luz de Dios*

Así que, hermanos, seamos hijos de los hombres, esperemos bajo la sombra de sus alas, y embriaguémonos con la abundancia de su casa. Hablé como pude, y como puedo veo, pero no puedo expresarme conforme a lo que veo. Se embriagarán de la abundancia de tu casa; y les darás a beber del torrente de tus delicias. Se llama torrente al agua que viene impetuosa. Habrá ímpetu de misericordia divina, para regar e inundar a los que ahora ponen su esperanza bajo la sombra de sus alas. ¿Cuál es esa delicia? Es como un torrente que embriaga a los sedientos. Ahora, pues, el que tenga

sed que ponga su esperanza; el sediento tenga esperanza: se embriagará con la realidad; antes de poseer la realidad, esté sediento en esperanza. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados (Mt 5, 6).

¿De qué fuente serás regado, y de dónde mana un tan abundante torrente de sus delicias? Porque en ti, dice, está la fuente de la vida. ¿Quién es la fuente de la vida, sino Cristo? Vino a ti en carne para rociar tu garganta sedienta; saciará al que tiene esperanza, él, que roció al que tenía sed. Porque en ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz. Aquí una cosa es la fuente y otra la luz; allá no será así. Porque lo que es la fuente, eso mismo es la luz; llámalo como quieras, pero

no es lo que tú lo llamas: no se puede encontrar un nombre apropiado, no se contiene en un solo término. Si dijeras que es sólo luz, se te respondería: No es razonable decir de mí que tengo hambre y sed; porque ¿quién puede comer la luz? Con toda verdad se me ha dicho: Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mt 5, 8); si es luz, prepararé mis ojos. Prepara también tu garganta, porque lo que es luz, también es fuente: fuente porque sacia a los sedientos; luz porque ilumina a los ciegos. En este mundo frecuentemente en un lugar es luz y en otro fuente. Hay veces que las fuentes fluyen en las tinieblas; y otras veces en pleno desierto sufrirás el sol, y no encontrarás la fuente; aquí ambas cosas pueden separarse; allá no te fatigarás porque es la fuente, y no estarás en tinieblas porque es la luz.

Después del testimonio/meditación se hace un canto y se permanece en oración en silencio. Luego se puede hacer una oración de intercesión, pronunciada por toda la asamblea.



ORACIÓN A LA VIRGEN

¡Virgen Inmaculada!

Venimos a ti con el corazón dividido entre esperanza y angustia.

¡Tenemos necesidad de ti, Madre nuestra!

Pero ante todo queremos agradecerte,

porque en silencio, como es tu estilo, tú velas sobre esta ciudad,
que hoy te cubre de flores para expresarte su amor.

En silencio, día y noche, velas sobre nosotros:

sobre las familias, con las alegrías y preocupaciones – tú lo sabes bien –;

sobre los lugares de estudio y de trabajo; sobre las instituciones y las oficinas públicas;

sobre los hospitales y las casas de asistencia; sobre las cárceles; sobre quien vive en la calle;

sobre las parroquias y todas las comunidades de nuestra Iglesia.

Gracias por tu presencia discreta y constante,

que nos conforta y nos da esperanza.

Tú sabes, tenemos necesidad de ti, Madre,

porque tú eres la Inmaculada Concepción.

Tu persona, el hecho mismo de que tu existes

nos recuerda que el mal no tiene la primera ni la última palabra;

que nuestro destino no es la muerte, sino la vida,

no es el odio, sino la fraternidad, no es el conflicto, sino la armonía,

no es la guerra, sino la paz.

Mirándote a ti, nos sentimos confirmados en esta fe

que los acontecimientos a veces nos ponen a prueba.

Y tú, Madre, diriges tus ojos de misericordia

sobre todos los pueblos oprimidos por la injusticia y la pobreza,

probados por la guerra, atrapados en el espiral de la violencia.

Ayúdanos a hacer un camino de educación y purificación,

reconociendo y contrarrestando la violencia anidada

en nuestros corazones y en nuestras mentes

y pidiendo a Dios que nos libere.

Muéstranos una vez más, oh Madre, la vía de la conversión,

porque no hay paz sin perdón

y no hay perdón sin arrepentimiento.

El mundo cambia si los corazones cambian;

y cada uno debe decir: comenzando por el mío.

Pero el corazón humano solo Dios lo puede cambiar

con su gracia: aquella en la cual tú, María,

estas inmersa desde el primer instante.

La gracia de Jesucristo, nuestro Señor,

que tú has generado en la carne,

que por nosotros murió y resucitó, y que tú siempre nos indicas.

Él es la salvación, para cada hombre y para el mundo.

¡Ven, Señor Jesús!

¡Venga tu reino de amor, de justicia y de paz!

Amén.

(De la Oración del Papa Francisco ante la imagen de la *Salus Populi Romani*, pronunciada el 8 de diciembre de 2023)

Se hace un canto y se permanece en oración en silencio hasta el término del turno.

Según la duración de la vigilia, se puede repetir este esquema, cambiando los textos bíblicos y los cantos, y alternando los testimonios, las meditaciones y las oraciones.

Considerando el tiempo litúrgico de Cuaresma, sería aconsejable insertar también el *Via Crucis*. Se puede proponer la oración del Santo Rosario y/o de la Coronilla de la Divina Misericordia.

Algunos textos bíblicos propuestos para otros turnos de la vigilia son: Salmo 51 (salmo de arrepentimiento), Lc 6, 27-38 (amor a los enemigos – no juzguéis); Col 1, 9-14 (de las tinieblas a la luz de Cristo).

Como alternativa, tanto para una profundización individual como para la celebración comunitaria, se propone la *Lectio divina*, de la cual a continuación se propone un texto, y la reflexión del Papa Francisco sobre el Perdón, que se encuentra seguidamente.

Lectio Divina sobre Rm 6, 1-14

Podemos y queremos caminar en una vida nueva. Todo el que vive la resurrección de Jesús como aquello que cambia la vida, entiende que es posible vivir en un modo nuevo. Este es el desafío para todos nosotros: no vivir más bajo el peso de las costumbres, sino iniciar un nuevo camino, ese que se recorre cuando nos unimos al amor del Señor. El nuevo camino pasa por la manifestación más grande de este amor: el Padre resucitó a Jesús, lo liberó de los lazos de la muerte, y por medio de Él nos ha liberado de las viejas costumbres, es decir, del pecado que nos hacía esclavos de nosotros mismos, de nuestro “ego”. Pero no hay más espacio para el pecado cuando nos viene al encuentro la gracia de Dios, la misericordia del Padre, y nos inunda como un río que hace fértil nuestro corazón. Y si el pecado intenta insistirnos, tenemos al Espíritu que nos defiende conduciéndonos al Evangelio de Jesús y renovando nuestra vida. El Espíritu no permitirá que permanezcamos esclavos del pecado si este regresa a tocar nuestra puerta, porque Jesús, muerto y resucitado, ha borrado para siempre en nosotros la fuerza del mal y de las tinieblas. Dice Pablo: «Estamos bajo la gracia» (versículo 14).

Tomemos Romanos 6, 1-14, leamos el texto con atención y releámoslo. Al momento observamos que inmediatamente se habla del hecho de que nuestra vida está unida a la de Jesús, el Cristo (versículos 1-5). Luego se identifican los efectos y se muestran las consecuencias que surgen de nuestra unión con Él (versículos 6-11 y 12-14, respectivamente). Dicho de otro modo, el hecho más relevante que podemos vivir en este mundo es conocer a Jesús y tejer una amistad personal con Él, pues es por Él que llegamos a conocer a Dios, el Padre. Jesús se asemeja en todo al Padre, en el modo de ser, en las propuestas que nos da, en los comportamientos y en las actitudes. Quien conoce al Hijo, conoce también al Padre. Por otra parte, quien aprende a conocer cómo actúan el Padre y el Hijo, puede iniciar una vida similar a la de Jesús.

Los versículos del 1 al 5 muestran cómo el punto de partida es el bautismo, recibido o deseado – tal vez algunos de vosotros no están aún bautizados, pero quieren serlo. Pablo se refiere al sacramento de la vida nueva, a la inmersión en el agua hecha en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, por el cual nos hacemos cristianos. Aquel que recibe el bautismo, pasa a través

de una muerte y una resurrección: cuando se sumerge en el agua de la fuente bautismal o se inclina la cabeza para recibir la triple infusión, es como una muerte, y cuando se sale o se levanta la cabeza, es como una resurrección. Así, como si se tratase de un segundo nacimiento, aquel que recibe el bautismo reproduce en su vida la muerte y la resurrección de Jesús. De hecho, el bautismo es renacer a la plenitud de vida que Dios nos da, para hacernos en todo semejantes a Jesús, el Cristo, muerto y resucitado. Cuando entramos en el mundo, nacemos del padre y de la madre, pero con el bautismo renacemos de Dios, por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo, y así pasamos a ser parte de la comunidad cristiana, de la Iglesia santa de Dios.

Los efectos del bautismo en nosotros son inmediatos. Los encontramos explicados en los versículos del 6 al 11. Aquí la imagen propuesta por el apóstol Pablo es la del hombre viejo. Éramos personas sometidas a nuestro “ego”, éramos viejos de cuerpo y de espíritu, y entonces el pecado actuaba en nosotros. No sabíamos cómo hacer para liberarnos de todo lo que nos ataba y nos hacía viejos, aunque no tuviésemos tantos años de edad. Pero ahora ha venido a nosotros el Señor y la cruz de Jesús ha hecho que cambiemos de camino. El hombre viejo que éramos se ha disuelto gracias al Señor Jesús, el cual, muriendo sobre la cruz, nos ha hecho morir a nuestro “ego”.

El secreto fue identificarnos con la muerte de Jesús, ser partícipes de su muerte que nos ha hecho morir a un camino marcado por el pecado: la indiferencia, la pereza, la arrogancia, el deseo sin control, la violencia, el odio, ignorar a los demás, especialmente a los pobres. Pero muriendo con Jesús hemos obtenido la vida. Hubo un rescate por parte de Jesús. Estábamos en el pozo de una vida privada de sentido, solo atentos a motivaciones particulares que nunca nos sacudían verdaderamente el corazón. Éramos vasos de arcilla, agrietados en la base, y el agua se escurría lentamente y se derramaba, y entonces quedábamos sin energías espirituales, sin fuerza para hacer el bien. Pero Jesús resucitado nos ha hecho morir a la muerte y nos ha hecho gustar la vida en Él, por Él y con Él. *La muerte no tiene poder sobre Él* y, por lo tanto, nosotros hemos resucitado, sin deudas con la muerte, sino solo con Él, que nos ha liberado de la muerte y del pecado. Nuestra realidad es solo esta: vivimos «para Dios en Cristo Jesús» (v. 11).

De este modo, si vivimos orientados a Dios unidos a Cristo Jesús, es imposible que el pecado tenga espacio en nuestros corazones, en nuestra mente, en nuestras acciones. Esta es la consecuencia final que surge de nuestro texto (vv. 12-14). Es verdad que ocasionalmente el pecado puede hacernos tropezar, pero nos damos cuenta inmediatamente y encontramos los medios espirituales para salir de la dificultad: la oración más intensa, el sacramento de la penitencia, la lectura orante de la Palabra. El apóstol proclama claramente que «el pecado no dominará sobre vosotros», y añade: «No estáis bajo la ley, sino bajo la gracia» (v. 14). Son palabras de gran relevancia: la gracia de Jesús es más fuerte que la Ley de Moisés. La muerte y su escudero, el pecado, no pueden vencer a aquel que lleva en sí la fuerza del Evangelio. Este confía en el Señor y en el don de su misericordia, y no duda que será preservado del mal y del pecado, con todos los deseos que lo acompañan. Solo es necesario, como comunidad de fe y de amor, ofrecernos nosotros mismos a Dios, que resucita a los muertos y nos hace caminar en una vida nueva.

Catequesis del Papa Francisco sobre el Perdón (Ángelus, 17 de septiembre de 2023)

¡Queridos hermanos y hermanas, buenos días!

Hoy el Evangelio nos habla de perdón (cfr. Mt 18,21-35). Pedro pregunta a Jesús: «Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?» (v. 21).

Siete, en la Biblia, es un número que indica plenitud, y por tanto Pedro es muy generoso en los presupuestos de su pregunta. Pero Jesús va más allá y le responde: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (v. 22). Es decir, le dice que cuando se perdona no se calcula, que está bien perdonar ¡todo y siempre! Precisamente como hace Dios con nosotros, y como está llamado a hacer quien administra el perdón de Dios: perdonar siempre. Yo esto lo digo mucho a los sacerdotes, a los confesores: perdonad siempre como perdona Dios.

Jesús ilustra después esta realidad a través de una parábola, que también tiene que ver con los números. Un rey, después de que le suplicara, perdona a un siervo la deuda de 10.000 talentos: es un valor exagerado, inmenso, que oscila entre las 200 y las 500 toneladas de plata: exagerado. Era una deuda imposible de saldar, incluso trabajando una vida entera: y sin embargo ese señor, que hace referencia a nuestro Padre, lo perdona por pura “compasión” (v. 27). Este es el corazón de Dios: perdona siempre porque Dios es compasivo. No olvidemos cómo es Dios: es cercano, compasivo y tierno; así es la forma de ser de Dios. Después, este siervo, al cual se le había perdonado la deuda, no tiene ninguna misericordia con un compañero que le debe 100 denarios. También esta es una cifra consistente, equivalente a cerca de tres meses de sueldo - ¡como diciendo que perdonarnos entre nosotros cuesta! -, pero para nada comparable con la cifra precedente, que el señor había perdonado.

El mensaje de Jesús es claro: Dios perdona de forma incalculable, excediendo cualquier medida. Él es así, actúa por amor y por gratuidad. Dios no se compra, Dios es gratuito, es todo gratuidad. Nosotros no podemos repagarlo, pero, cuando perdonamos al hermano o a la hermana, lo imitamos. Perdonar no es por tanto una buena acción que se puede hacer o no hacer: perdonar es una condición fundamental para quien es cristiano. Cada uno de nosotros, de hecho, es un “perdonado” o una “perdonada”: no olvidemos esto, nosotros somos perdonados, Dios ha dado la vida por nosotros y de ninguna forma podremos compensar su misericordia, que Él no retira nunca del corazón. Pero, correspondiendo a su gratuidad, es decir perdonándonos unos a otros, podemos testimoniarlo, sembrando vida nueva en torno a nosotros. Fuera del perdón, de hecho, no hay esperanza; fuera del perdón no hay paz. El perdón es el oxígeno que purifica el aire contaminado por el odio, el perdón es el antídoto que cura los venenos del rencor, es el camino para calmar la rabia y sanar tantas enfermedades del corazón que contaminan la sociedad.

Preguntémonos, entonces: ¿yo creo que he recibido de Dios el don de un perdón inmenso? ¿Advierto la alegría de saber que Él siempre está preparado para perdonarme cuando caigo, también cuando los otros no lo hacen, también cuando ni siquiera yo logro perdonarme a mí mismo? Él perdona: ¿creo que Él perdona? Y ¿sé perdonar a su vez a quien me ha hecho daño? Al respecto, quisiera proponeros un pequeño ejercicio: intentemos, ahora, cada uno de nosotros, pensar en una persona que nos ha herido, y pidamos al Señor la fuerza para perdonarla. Y perdonémosla por amor del Señor: hermanos y hermanas esto nos hará bien, nos devolverá la paz en el corazón.

María, Madre de Misericordia, nos ayude a acoger la gracia de Dios y a perdonarnos los unos a los otros.

XI 24 HORAS PARA EL SEÑOR

8-9 marzo 2024

«Caminemos en una vida nueva»

(Rm 6,4)

Subsidio Pastoral



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO

<http://www.evangelizatio.va/>